

Creón da la derecha a su cuñado.

Y, ahora a vosotras, hijas. ¡Si discreción ya por la edad tuvierais, qué cosas os diría! Y nada más: impetrad de los dioses vivir en norma austera y moderada y tener un destino menos infausto que el de este padre que os dio mísera vida.

CR.—Bastó al dolor y al llanto: entra a la casa ahora.

ED.—He de obedecer, aunque no es nada grato.

CR.—Todo a su tiempo bueno es.

ED.—¡Pido antes de marcharme...!

CR.—Habla, dilo, sabrélo.

ED.—Destiérrame de esta ciudad.

CR.—Me estás pidiendo lo que a un dios le toca.

ED.—Para los dioses soy odioso ha tiempo.

CR.—¡Ya! Obtendrás lo que has pedido.

ED.—¿Luego das tu palabra?

CR.—Lo que yo pienso no lo digo en vano.

ED.—Sácame ahora de esta casa.

CORO.—¡Vamos: deja las niñas!

ED.—¡No, no... a ellas no me las quites!

CR.—¡No quisiera ya hacer en todo tu voluntad: cuando tuviste poder tu vida fue una serie de fracasos!

Salen las niñas hacia el gineceo. Edipo entra al palacio y el Coro inicia su final canto.

CORO.—Habitantes de mi patria Tebas; mirad a Edipo hoy. Fue el más perito en resolver enigmas, pudo llegar a ser el más alto de los hombres. El que lo miraba sentía envidia por su dicha y su altura.

Y ved a qué abismos lo precipitó el ruedo del Destino.

A quien no ha visto aún la luz del final día, jamás le llaméis dichoso. Dejad que vaya al seno de la muerte, sin haber gustado la amargura del dolor de la vida.

ARISTÓFANES.

Gran poeta cómico de Atenas, de Rodas o de Egina, Aristófanes nació a mediados del siglo —v y floreció principalmente durante la guerra del Peloponeso. Transformó la comedia en un arma con que flageló los vicios y las costumbres de su tiempo y dio al traste con la antigua comedia. Compuso cincuenta y cuatro obras de las que nos quedan once con muchos fragmentos de otras; entre las principales destacan: Los caballeros, La paz, Lisístrata, Las avispas, Las aves, La asamblea de las mujeres, Las ranas, Las nubes, Los acarnienses, Pluto, etc.

Aristófanes

ESCENARIO

Casa de Filocleonte en Atenas. Sobre la terraza está
sentado el hijo del esclavo. Frente a la casa del esclavo
hay un jardín y una casa que hacen esfuerzos para decir
la verdad la verdad aunque se sabe al principio al
principio de la obra se despierta.

LAS AVISPAS.

PERSONAS

- Los esclavos de Filocleonte, Sostes y Kantias.
- Filocleonte, jefe de la casa.
- Filocleonte, su padre.
- Care de Avispas (formado de viejas).
- Hijo del Corifeo.
- Un coro.
- Un convidado.
- Un mujer.
- Un hombre.

Aristófanes.

CAPILLA ALFONSO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. P.

ESCENARIO.

Casa de Filocleonte en Atenas. Sobre la terraza está -
durmiendo su hijo Bdelicleonte. Frente a la casa dos esclavos sentados a un lado y otro, que hacen esfuerzo para dominar el sueño. Uno de ellos se queda dormido al abrirse el -
acto. El otro se esfuerza en despertarlo.

PERSONAS

Dos esclavos de Filocleonte, Sosias y Xantias.
Bdelicleonte, jefe de la casa.
Filocleonte, su padre.
Coro de Avispas (formado de viejos).
Hijo del Corifeo.
Un perro.
Un convidado.
Una mujer.
Un hombre.

-Sosias.— ¡Qué pasa, amigo!... ¡Xantias infeliz! (Lo sacude).

-Xantias.— Es que estoy aprendiendo a hacer guardia dormido.

Sosias.— ¡Muy poco estimas entonces tus costillas! ¿No te das cuenta de qué clase de fiera estamos vigilando?

-Xantias.— ¡Lo sé muy bien, pero quiero por unos momentos olvidar mis penas! (Se vuelve a dormir).

-Sosias.— ¡Con tu pan te lo comas! ¡Vamos, a mí también me va entrando un dulce sopor en las pupilas!

Xantias.— ¡Estás loco también... te vuelves un sacerdote de Cibeles!

Sosias.— No, pues, pero es un sueño que Sabazio me envía

-Xantias.— ¡Ajá! ¿con que también, como yo, rindes culto a Sabazio? Yo hace unos momentos sentí que me invadía un sueño tan dominante como si fuera un soldado medo... y ¡qué lindo sueño tuve!

Sosias.— ¡Igual yo, como nunca, de veras! Cuenta tú primero.

Xantias.— Me parecía que un águila, pero descomunal en tamaño, se lanzaba sobre el ágora y con sus garras aferraba un escudo de bronce y se alzaba después a las alturas y subía muy alto... y ése es el mismo escudo que vi echar a un lado por Cleónimo en el campo de batalla.

-Sosias.— Eso sí que es enigma de sobremesa... Adiviné qué significa —dirá un convidado— un mismo animal arroja el escudo en el cielo, en la tierra y en el mar. No hay dife-

rencia entre el enigma y Cleónimo.

Xantias.— ¡Ay de mí!... ¿qué infortunio me va a venir a mí que tal cosa he soñado?

Sosias.— ¡Nada te turbe. Nada funesto pasa, si no es por fallo de los dioses!

Xantias.— Algo tremendo era. Un hombre que en el combate arrojaba lejos su escudo. Pero, cuenta tú el tuyo.

Sosias.— ¡Ese sí que es grande cosa! Se refiere a la nave entera de la ciudad.

Xantias.— Dímelo poco a poco y con todos sus pormenores.

Sosias.— Me parecía primero que en el Pnix estaban celebrando su asamblea unos carneros, con sus báculos y todo, y con sus capas cortas. Y vi luego, según pienso, que les estaba haciendo su discurso una enorme ballena tragadora de todo y que tenía una voz de trueno que a todos espantaba.

Xantias.— ¡Fuchi, fuchi!

Sosias.— ¿Qué te pasa?

Xantias.— ¡Basta, basta ya no hables! Tu sueño huele a cuero podrido.

Sosias.— Y esa malvada ballena llevaba consigo una balanza en que estaba pesando la grasa del buey.

Xantias.— ¡Ay, infeliz de mí, es que quiere dividir nuestra Grecia!

Sosias.— Y me parecería que Teoro con cabeza de cuervo, estaba junto a ella sentado en el suelo, y entonces Alcibiades me dijo tartajeando: "Mila, Teolo tiene cabeza de cuervo".

Xantias.— ¡Muy de verdad Alcibiades ha tartajeado así!

Sosias.—Es cosa rara: Teoro convertido en cuervo...

Xantias.—¡Muy en su punto: es lo mejor!

Sosias.—¿Cómo?

Xantias.—¿Cómo? Un hombre que de repente se muda en cuervo, claro que está destinado a que se lo coman los cuervos.

Sosias.—Lo haces muy bien interpretando sueños. ¿Te tendré que pagar tus dos óbolos por ello?

Xantias.—Espera, deja que yo les dé razón a los que nos están mirando. Dos palabras. No más. Favor de no esperar de nosotros cosa mayor. Ni siquiera algunos chistecitos robados a Megara. Ni siquiera tenemos una canasta de nueces para echarlas a los espectadores, en demanda de aplausos. Ni a un Heraclés enojado porque le falló la cena. Ni acaso vamos a censurar a Eurípides. Menos a Cleonte, para darle una nueva sobada. Y eso que anda muy arriba.

Tenemos, en cambio, un tema que tiene su meollo. Muy al alcance del público y con más sal que una comedieta boba. Tenemos un amo que duerme allá muy en lo alto, y nos ha dado encomienda de cuidar a su padre que tiene encerrado, para que no vaya a salir. Este señor está enfermo de una rara dolencia. Nadie daría en el clavo, ni aun si la decimos. Ni siquiera se la imaginan.

¿A ver? ¿La adivinan? ¡Va que no! Por allí dice Aminias el hijo de Pronapo, que es estar muy dado al juego. No, señores por Zeus, que no. Anda equivocado. Cada león piensa que todos son de su condición. Allá está que le está diciendo a Dercilio que es la afición a la bebida. Tampoco: ésa es enfermedad de ricos. Y dice Nocostrato que esa dolencia podrá ser su amor a los sacrificios, o a los extranjeros. ¡Por un perro que, Nocostrato, a él no le gustan los fuereños! Con oír que Filoxeno ama a los extranjeros, le dan náuseas.

No darán en qué consiste el mal. Por mucho que cavilen. Yo se lo voy a decir. Silencio, pues. Mi amo está loco por

ser juez. Le gusta infinito el tribunal de Helio. Si no se sienta en el primer escaño se pone furioso. Y ni duerme siquiera. Por la noche está soñando en que va a dar el fallo y apenas pestañea, cuando ve el reloj de agua que está midiendo el tiempo. Y como está acostumbrado a votar, amanece con los tres dedos agarrotados, como apretando la piedrecita con que se da el voto. Parece que está ofreciendo el incienso de la luna nueva.

A veces le pasa que ve en una puerta escrito, por ejemplo: Lindo Pirilampo, o precioso Demo. Y al momento escribe abajo: Viva la urna para votar. Una vez cantó el gallo antes de cerrar la noche y luego dijo: Está sobornado por mis enemigos para que me despertara tarde. Cena y grita para que le den sus zapatos. Se va de carrera al tribunal y allí se planta hasta que amanece, tendido en las gradas de la entrada y apenas se recuesta en algunas de las columnas.

Es de mal genio y siempre está echando la línea larga de condenación. Parece abeja o parece moscardón. Siempre que regresa trae las manos llenas de cera. Y como hay que dar el voto con piedrecillas, por si le faltan, tiene un gran repuesto de matatenas.

Y ésa es su locura, que cuanto más le impiden, más enjuagar se aferra.

Esta es la razón de que lo tengamos bajo la guarda de los cerrojos. No quiere su hijo que salga y está con gran empeño de curarlo de su dolencia. Primero trató de persuadirlo con muy buenos modos, de que no se pusiera la capita de los jueces, y no saliera de casa. Nada logró. Luego lo bañó y lo purgó y ni así.

Un día lo puso a bailar las danzas de los coribantes, pero él echó a correr con todo y su pandero y se metió al tribunal a juzgar. Como vio que todos los medios se le frustraban, se lo llevó a Egina y lo hizo dormir una noche en el templo de Asclepio. Pero el viejo apareció al despuntar el día en la ventanilla para ir a juicio.

Desde entonces no lo dejamos salir, pero se nos escapaba por los caños de agua y por los desagüeros. Los tuvimos que tapar con trapos y tablas. Nada sirvió, porque él ponía clavijas de palo en el muro y deteniéndose como podía se dejaba ir abajo.

— ¡Ni remedio! Tendimos una red alrededor de la casa y aquí estamos vigilando.

Este viejo se llama Filocleonte, ¡por Zeus que sí! Y su hijo que está allí es Bdelicleonte. Y es tremendo, que intenta corregir a su padre.

Bdelicleonte. (*Despierta y grita desde el tejado.*)—Xantias, Sosias, ¿están dormidos?

— Xantias.— ¡Ay, ay!

— Sosias.— ¿Qué pasa?

— Xantias.— ¡Despierta Bdelicleonte!

— Bdelicleonte.— ¡Uno de los dos, pronto, venga para acá! Mi padre se ha metido en la cocina y allá está escondido royendo como rata no sé que cosa! ¡Vamos, que no se escape por el tubo del baño! Y tú, firme, pegado a la puerta.

— Sosias.— ¡Muy bien, patrón!

— Bdelicleonte.— ¡Oh, gran Poseidón!... ¿quién hace tanto ruido dentro de la chimenea? ¿Quién eres tú?

— Filocleonte. (*Dentro de la chimenea.*)— ¡Yo soy, soy el humo que va saliendo!

— Bdelicleonte.— ¿Conque humo? ¿De qué palo?

— Filocleonte.— De higuera.

— Bdelicleonte.— ¡Por Zeus que sí... es la madera que peor humo despide! ¡Vamos, abajo! ¿Dónde está la cobertura de la chimenea? ¡Abajo, dije! Sobre la tapadera pondré una

viga. Y busca otro medio... Este te falló. ¡Qué infeliz soy... un día van a apodarme el hijo del ahumado!

— Sosias. (*a su compañero.*)— ¡Está empujando la puerta!

— Bdelicleonte.— ¡Pronto, apriétala bien y con fuerza! Allá voy yo en persona. Mucho cuidado con los cerrojos, con la barra de cierre, no vaya a roer la tranca...

— Filocleonte. (*Detrás de la puerta.*)— ¿Qué están haciendo? ¿No me van a dejar salir para ir al juicio? ¡Malvados... va a quedar libre de culpa Dracontides!

— Bdelicleonte.— ¿Y eso te va a pesar?

Filocleonte.— Una vez consulté a Apolo en Delfos y me dijo que si se me escapaba un acusado, me moriría yo luego...

Bdelicleonte.— ¡Vaya Apolo, qué oráculos tiene!

— Filocleonte.— ¿Me dejan salir o no? Porque si no, revienta.

— Sosias.— ¡No, por Poseidón, eso si no, Filocleonte!

Filocleonte.— Me voy a poner a roer los cerrojos con mis dientes.

Sosias.— ¡Pero si ni dientes tienes!

Filocleonte.— ¡Ay, infeliz de mí! ¿cómo no pudiera martarte? Anda, dame una espada, o si no, dame la tablilla en que se escribe la condenación de un reo.

— Bdelicleonte.— Este hombre está tramando una cosa mala.

Filocleonte.— ¡Por Zeus que no, no más espero salir para vender mi burro con albarda y todo! Esta es la nueva luna.

Bdelicleonte.— Y ¿yo no podría venderlo mejor que tú?

— Filocleonte.— Como yo, no.

— Bdelicleonte.— ¡Claró que no: mejor!

— Filocleonte.— Tráiganme mi burrito.

— Xantias.— Se está viendo el pretexto que pone para que lo dejen suelto.

Bdelicleonte.— ¿Eso crees? ¡Pues no! Ya le entendí su trampa. Por eso voy yo mismo a vender el burro en el mercado. Y él ni se da cuenta.

Entra a sacar el asno y sale con él, pero en el animal va atado por la panza Filocleonte.

¡Ah, tonto burro!, ¿de qué estás rebuznando? ¡Te venderán hoy! Camina más aprisa. ¿Qué te pasa que te rindes? ¿Vas cargando algún Odiseo?

Xantias.— ¡Por Zeus! ¿qué miro? ¡Lleva atado un hombre en la panza!

Bdelicleonte.— ¡Pero, ¿quién es?... ¿veamos?

Xantias.— El es, ¿quién podría ser?

Bdelicleonte.— Yo mismo voy a verlo. ¡Sí, es un sujeto! Pero, ¿quién puede ser? ¡Oye, hombre, quién eres?

Filocleonte.— ¡Nadie por Zeus!

Bdelicleonte.— ¡Tú, nadie!... ¿de dónde eres?

Filocleonte.— De Itaca, soy hijo de Espanta-yeguas.

Bdelicleonte.— ¡Nadie te llamas, dices: ya tendrás muy bien de qué arrepentirte! ¡Sácalo tú luego! Mañoso y qué bien protegido iba. Sólo le faltó rebuznar como pollino pegado a la madre.

Filocleonte.— Si no me sueltan, hacemos un litigio.

Bdelicleonte.— Litigio y, ¿por qué?

Filocleonte.— Por la sombra de un burro.

Bdelicleonte.— ¡Descarado y sinvergüenza y lleno de mañas!

Filocleonte.— ¿Yo descarado? ¡No por Zeus! Lo vas a ver bien pronto, cuando tengas que comerte lo que deja el último juez.

Bdelicleonte.— ¡Llévate tú el burro, y tú, métete a casa!

Filocleonte.— ¡Oh colegas de juicio y tú, Cleonte, ayúdame!

Se mete y cierran la puerta tras él.

Bdelicleonte.— ¡Ahora grita cuanto quieras, ya con la puerta cerrada!

(Al esclavo.)— Y tú amontona piedras ante la puerta, pon el cerrojo y echa bien la tranca y ponle este rollo de hierro para mayor seguridad.

Sosias.— ¡Ay, un terrón me cae!... ¿quién me lo echa?

Bdelicleonte.— Podrá ser un ratón que anda arriba.

Sosias.— ¡Qué ratón ni qué ratón: es el malvado viejo que trata de escaparse entre las tejas... mira... es todo un juez que usa sus mañas!

Bdelicleonte.— ¡Malhaya mi alma... se ha convertido en gorrión...! ¡Se vuela, sí se vuela!... ¿en dónde está la red? ¡Epa, epa y epa más...! ¡qué camorra, mejor sería estar cuidando a Escione que un padre como éste!

Sosias.— Ahora bien, ya lo espantamos y lo hicimos retroceder... Ya no puede escaparse. Fuera bueno dormir un poco.